

Memorias transatlánticas de la Guerra Civil Española

Pepa Merlo (Universidad de Granada)

RESUMEN

Elena Garro, a la que Borges definió como la “Tosltói de México”, nos dejó en *Memorias de España. 1937*, un testimonio político y social, un retrato peculiar de la intelectualidad española y extranjera, aquella que acudió al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas celebrado en 1937 entre Madrid, Barcelona y Valencia y que intentó protestar contra la barbarie de una guerra sin sentido.

Resulta estimulante encontrar una estampa clara de lo que fue este país de ciudades rotas en un tiempo tan dramático y comprobar que la visión de la joven mexicana, que se declaraba a sí misma como “anti nada”, está muy próxima a la que encontramos en *Memoria de la Melancolía* de María Teresa León, española, luchadora, comprometida políticamente con la izquierda.

Palabras clave: Elena Garro, Borges, testimonio social, *Memorias de España*, *Memoria de la melancolía*

ABSTRACT

Elena Garro, to which Borges defined as the “Tosltói of Mexico”, left us in *Memories of Spain. 1937*, a political and social testimony, a peculiar picture of the Spanish and foreign intellectuality, that one that went to II Congress the International of Antifascist Writers celebrated in 1937 between Madrid, Barcelona and Valencia and that tried to protest against the barbarism of a war without sense.

It turns out stimulating to find a stamp clear than it was this country of cities broken in a so dramatic time and to verify that the vision of the Mexican young person, who declared itself like “anti nada”, is very next to that we found in *Memory of the Melancholy* of Maria Teresa León, Spanish, fighter, politically involved with the left.

Keywords: Elena Garro, Borges, social testimony, *Memories of Spain*, *Memory of the Melancholy*

Memorias transatlánticas de la Guerra Civil Española

Pepa Merlo (Universidad de Granada)

“Me quiero ir a mi casa”, le dije a Octavio Paz. Éste se indignó ante mi estupidez: “¡No sé por qué te traje!”, dijo. Yo tampoco lo sabía, ni lo sé hasta el día de hoy.
(Elena Garro)

Hace algunos años escribí un artículo a propósito del narrador chileno Juan Emar donde hablaba de las dos orillas, o mejor aún, de la distancia insalvable que existe a veces entre ambas costas. De la extraña razón por la que en ocasiones parece que el océano se evaporara uniendo un lado con el otro, salvando distancias, acercando nombres. Y entonces Borges, Onetti, Lispector, Monterroso, Márquez, Ramírez, Fuentes, Paz, y un largo etcétera de nombres propios e historias ajenas nos resultan cercanas. Pero en otras ocasiones, es como si el mar se acrecentara y aumentase su densidad y con ella la imposibilidad de atravesarlo. Y ni los años consiguen tender puentes. Álvaro Yáñez Bianchi, decía en aquel artículo, llegó hasta París donde junto a otros intelectuales y artistas chilenos creó el grupo Montparnasse en 1923. Sin embargo, Juan Emar murió en 1964 a los 71 años injustamente desconocido de este lado. Juan Emar era el seudónimo que Álvaro Yáñez Bianchi adoptó tomado de la expresión francesa “j’en ai marre” (“estoy hasta la coronilla”).

Elena Garro de Paz, quiero decir en este artículo, llegó a España en 1937 como miembro integrante del grupo de esposas que acompañaban a los ilustres poetas invitados al *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas*:

A la lista habría que agregar los nombres de las esposas de algunos delegados que viajaron acompañados de ellas como el de la mujer del belga Denis Marion y de Elisa Tolstói, de la argentina Amparo Mon de González Tuñón y de Elena Garro de Paz, que sería con el tiempo destacada escritora mexicana (Schneider 1937: 79).

Esta es la única referencia que de Elena Garro se hace en el primer volumen de *Inteligencia y Guerra Civil Española* de Luis Mario Schneider referido al *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas* que se celebró en España en 1937. Nos dice que “con el tiempo sería una destacada

escritora mexicana”, pero lo que debería mencionarse es que, la asistencia de Elena a aquel evento será fundamental para los anales de la literatura y de la historia social y política de España, por la mirada tan peculiar que proyecta no sólo sobre el Encuentro y sus participantes, sino también sobre un país inmerso en el momento clave de aquella “Guerra Acivil”, como tan acertadamente la ha denominado el poeta e investigador cubano César López, que nos dejó plasmada en su libro *Memorias de España* de 1937:

Yo, sin saber cómo ni por qué, iba a un Congreso de Intelectuales Antifascistas, aunque yo no era anti nada, ni intelectual tampoco, sólo era estudiante y coreógrafa universitaria. (Garro 1937: 9)

El caso es que estaba allí, embutida en un país devastado por una guerra que ella describe magistralmente en varios pasajes del libro:

Por la tarde llegamos a Barcelona. Es difícil de olvidar la impresión terrible que me hizo la ciudad. Era como si una capa de plomo pesara sobre ella, plomo ardiente [...] Las ramas de los árboles estaban rotas y las calles casi desiertas. El ambiente era pesado, trágico, me dio miedo, nunca había visto una ciudad como ésa (Garro 1937: 13).

De Madrid, en un paseo con Rafael Alberti, escribe:

A veces paseábamos con él por la ciudad de Madrid. Recuerdo en especial una tarde, solitaria y silenciosa, como era entonces Madrid. Pasábamos frente a las fachadas de unas casas de piedra sólida y vi trozos de piedra desprendidos y agujeros en ella. Le pregunté a qué se debía. —son los resultados de la metralla. —dijo (Garro 1937: 92).

Las entrañas abiertas de barrios y calles que describían la sinrazón de aquella España:

[...] el barrio de Argüelles que era zona de guerra [...] yo bajaba por una calle abandonada, por la que corría el agua de las cañerías rotas hasta el paseo [...] Las fachadas de los edificios y de las casas estaban abiertas y se contemplaba su interior como si se hubieran quedado en cueros. La misma cocina, el mismo baño y las mismas habitaciones se repetían desde el primer piso hasta el último. Sobre el muro de un salón pequeño estaban tres fotografías de parejas de novios: los abuelos, los padres, los nietos ¡eran inquietantes! Casi tan inquietantes como el silencio o los kioskos y las sillas retorcidas que había en la soledad del Paseo Rosales... (Garro 1937: 27).

Ciudades rotas que sin embargo se resistían a perder el entusiasmo y la alegría que habían visto truncada con el estallido de la guerra. Un atisbo de vida que se cuela en la narración de estas memorias como el que no quiere la cosa: “Yo prefería Le Lion D’Or. Ahí se bebía vermouth y la gente se reía [...]”. O “Por la noche Lolita y Güell nos llevaron al Paralelo” (Garro 1937: 34). A pesar del frente que se libraba no sólo en las afueras de las ciudades sino en el propio corazón de éstas, a pesar de la escasez de alimentos, de los bombardeos continuos, “¡Mírenla! Ahí la tienen, camaradas; una bomba con conciencia de clase. ¡No estalló!”¹ (Garro 1937: 12), a pesar de los desaparecidos, de las víctimas, a pesar de la guerra, Barcelona contaba en aquel momento con cincuenta y tres salas de cine funcionando, diez salones de baile y doce teatros. En Madrid había diecinueve salas teatrales y treinta y nueve salas cinematográficas. En Valencia seis teatros y diecisiete cines donde olvidar las ruinas, el miedo y dónde poder soñar con Shirley Temple, Spencer Tracy, Clark Gable o Mirna Loy, claro que hablamos de las tres ciudades que en aquel 1937 aún eran el bastión de la República. La necesidad de la diversión incluso en los momentos más terribles del ser humano, para que la barbarie no destruya la última posibilidad de soñar:

Lo mejor de Madrid eran las veladas en la Casa de la Cultura. Llegábamos de noche a tropezones en aquella oscuridad de boca de lobo para encontrarnos en el palacio de los duques de Heredia Spínola a los intelectuales que vivían allí, disfrazados con los trajes de los duques. No olvidaré a Alberti disfrazado de cochero, ni a María Teresa, con un traje de época precioso. Langston Hughes se reía a mandíbula batiente, no era tan alegre como Nicolás Guillén, pero se divertía husmeando en los armarios y vistiéndose de príncipe o de lacayo. Después de las risas, nos quedamos melancólicos. ¿Cuándo terminará esa maldita guerra? (Garro 1937: 106).

Las mismas circunstancias y el mismo sentimiento encontramos en las siguientes palabras:

Los trajes conservados en los armarios y baúles, que aprovechamos en el teatro de la Zarzuela, servían para aumentar nuestra capacidad de juego alegre mientras nos acechaba la muerte [...] Aquellos salones solemnes y oscuros, pesados de muebles que seguían conservando su negrura a pesar de nuestra risa, fueron durante tres años nuestro escenario. La alegría de nuestra juventud no la empañaba ni tener que bajar al sótano para refu-

¹ Al llegar a Port Bou una comisión oficial del pueblo les llevaron a la playa para enseñarles un “huevo enorme de hierro que yacía sobre la arena”.

refugiarnos durante los bombardeos (León 1999: 171).

Esta última descripción no es de Elena Garro, sino que fue escrita por otra mujer, rubia también como ella pero ésta, al contrario que Elena, con las ideas políticas claras. María Teresa León, miembro del partido comunista, quién no sólo estaba presente en este Congreso sino que años antes, en 1934, había acudido, acompañada de Rafael Alberti, al I *Congreso de Escritores Soviéticos* celebrado en 1934 en Moscú como representante de la AEAR de España (Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios fundada en Francia por Henri Barbusse y cuya vía de expresión en el país galo fue la revista *Commune*). Escribe M^a Teresa refiriéndose a este evento:

Era para no olvidar nunca eso de volver la cabeza y encontrarse a Tairof, a Meyerhold, a Fedin, a Boris Pasternak, a Tretiakov... [...] En esa sala de columnas de Moscú vimos por primera vez a Sergéi Eisenstéin... bostezaba, se aburría, necesitaba distracción (León 1999: 118).

Ambas se conocieron en México unos años antes:

Por esos días llegó a México la *Antología* de Gerardo Diego y el *Romancero Gitano* de Federico García Lorca. También llegaron Rafael Alberti y su mujer María Teresa León a dar unas conferencias en el Centro Asturiano. Se habló mucho de la belleza de la pareja y del libro de Rafael: *Sobre los Ángeles* (Garro 1937: 6).

Las dos se referirán a aquel primer encuentro en sus respectivas memorias y con una mirada tan diferente como lo harán de sus visiones particulares de la España del 37. Para poder así jugar al juego de los contrarios. Lo transatlántico está también en la españolita que viaja a México y mira con ojos de asombro. Leemos en *Memoria de la Melancolía*:

Los tres se habían alzado con la monarquía pictórica de México —se refiere M^a Teresa a Diego Rivera, Frida Kahlo y David Alfaro Siqueiros— llevando la rebelión por bandera, la discusión, el mitin, el alboroto, los desplantes, hasta el punto de convocar en el Palacio de las Artes un debate público. María Teresa ¿quieres presentarlo? Se sentirán todas las tendencias, hablará Diego Rivera, hablaré yo... [...] A la hora señalada el teatro hervía. [...] Se me acercaron unos hombres que me dijeron, remangándose las mangas de la camisa como para empezar un pugilato: ‘¿Cuándo empezamos compañera?’ La ‘compañera’ adelantó la mano protegiéndose el rostro: ‘Ahora mismo’. [...] Miré alrededor. ¿Eran pistolas eso que abultaba en las cinturas de los pacíficos defensores de la pintura? (León 1999:, 140/141).

Tal y cómo se comporta la vida no es de extrañar que volvieran a encontrarse tiempo después del otro lado del Atlántico y en un país roto por la guerra. Es un ejercicio curioso observar cómo ambas mujeres, de origen tan diferente y visiones de la vida tan dispares, van narrando los mismos episodios y cruzándose de diversa forma con los mismos personajes. Un minúsculo ejemplo de esto, es la referencia a la fotógrafa Gerda Taro que curiosamente, Elena, denomina Tarro, haciendo más parecido aún los nombres de ambas.

En el Congreso revoloteaba una chica rubia que llevaba una camisa de punto color miel con motas blancas exactamente igual a la mía. La chica tomaba fotos con rapidez y tenía el aire melancólico de un canario extraviado: Se llamaba Gerda Tarro y me llamaba la atención no sólo por su camisa, sino su nombre tan parecido al mío. [...] Sucedió una tragedia: Gerda Tarro, la jovencita parecida a un canario, murió en Brunete. Cuando las tropas se retiraban, ella saltó a un auto y un tanque la arrolló (Garro 1937: 21-29).

Cuando María Teresa se refiere a la fotógrafa lo hace del siguiente modo:

Gerda Taro llevaba colgados de su hombro los aparatos fotográficos. [...] Ella y Capa, fueron los huéspedes más queridos de la Alianza de Intelectuales, y eso que hubo tantos. [...] Iban constantemente al frente y regresaban felices y cansados. [...] Entre nosotros Gerda Taro se convirtió en la indispensable. A ninguno se le ocurría temer por esta muchacha decidida que con su máquina fotográfica en bandolera se iba al frente como un soldado, y sin embargo, un día alguien que llamó precipitadamente a nuestra puerta gritó: ‘María Teresa, en el frente de El Escorial han herido a Gerda Taro’. [...] ‘En la retirada de Brunete, Gerda Taro iba subida a un camión, la rozó un tanque...’ [...] Cuando llegamos a El Escorial ya había muerto (León 1999: 187 y 188).

Tampoco es de extrañar que la historia de la literatura las haya tratado por igual, olvidándolas o reduciéndolas al papel de las esposas de Alberti y Paz. Y que el recuerdo que se tenga de ellas sea el de la melancolía de una y la locura de la otra. Nadie duda, a estas alturas de la calidad y el buen hacer literario de María Teresa León. De Elena Garro, Borges dijo que era la “Toslói de México”. Y de algún modo el origen de lo que luego sería la gran narradora Elena Garro se forja en aquel *II Congreso de Intelectuales Antifascistas*. Elena aprenderá y madurará de la mano de Luis Cernuda con el que, años más tarde en su exilio mexicano, afianzaría su amistad:

En Valencia, cuando me escapaba a la playa, veía todos los días a un inglés tendido sobre una toalla blanca y un bañador azul. Nadie se bañaba, sólo aquel solitario y yo [...] ‘¿Usted es inglés?’ ‘No, soy español’. ‘Pues tiene un color más bonito que el mío’, dije. ‘Es que hace más tiempo que vengo a la playa’, contestó. ‘Yo casi no puedo venir. Estoy casada con un poeta y a esa gente no le gusta el deporte...’ El joven rubio enrojeció aún más: ‘Yo también soy poeta, me llamo Luis Cernuda’ (Garro 1937: 32).

Aprenderá de Rafael Alberti, de Miguel Hernández,

Lo veía con sus pantalones de pana color canela, sus alpargatas de cintas negras, su navaja resortera partiendo los melones con sabiduría. Recordé [...] sus furias contra algún personaje y sus gritos: ‘¡No me hables de ese cabrón!’ La palabra ‘cabrón’ tomaba una fuerza extraordinaria pronunciada por su voz profunda [...] Recordé a los envidiosos que decían: ‘¿Miguel?, anda disfrazado de pastor, ya se creyó el cuento de que fue pastorcillo...’ (Garro 1937: 132),

de Manuel Altolaguirre, (Concha Méndez estaba en Londres y la conoció también en Coyoacán en *Tres Cruces*, años después) de Nicolás Guillén, de Neruda, de César Vallejo, de León Felipe con el que acostumbraba a dar largos paseos. Pero también hará contacto con Margarita Nelken, con Federica Montseny, con María Zambrano, que participaron activamente en el congreso. Mujeres que habían conseguido cambiar la sociedad española en los años republicanos:

Una señora vestida de negro, con el cabello cortado a lo “garçon” y fumando en una boquilla larga, se me acercó. Su amabilidad me dejó aplastada. Era María Zambrano, la mejor discípula de Ortega y Gasset [...] La encontré la última vez en París, en mi casa: estaba triste pero guardaba su inteligencia y su voz elegante... (Garro 1937: 24).

Aunque era difícil escapar de la presencia de ese otro tipo de mujer, la española de la decencia, la del confesionario, la que durante los años del franquismo cambiaría la biblioteca y el laboratorio por las clases de higiene y la consagración de mujer “forjadora de hijos sanos para la Patria”:

Por la ventana vi caer una lluvia de luces azules [...] Grité, salí del cuarto y bajé las escaleras descalza, con las trenzas sobre la espalda y metida en un camisón de gasa lila muy escotado. Las mujeres bajaban abrochándose blusas negras y tres de ellas me detuvieron en el portal: ‘¿A dónde vas desnuda?... ¡Desvergonzada!... ¡A esto vienen las inglesas!’ Me su-

jetaron y subieron conmigo a la habitación, en donde encontramos a Paz amarrándose las alpargatas [...] ‘¡Cobarde!’, dijo (Garro 1937: 19).

Con un trazo limpio y marcado Elena Garro dibujó en las escasas doscientas páginas que componen sus *Memorias de España*, el perfil de los personajes que serían claves dentro de la literatura, no sólo española, sino también americana y europea del primer tercio del siglo XX. Y supo hacer visible lo más difícil de un país: su alma.

Aquella muchacha “anti nada” como ella misma se definía, a la que le aturdían las “contradicciones del capitalismo”, “Yo nunca había oído hablar de Karl Marx” y a la que su propio marido tacha de “pequeñoburguesa”: “El cuarto era muy estrecho y la cama estaba usada por aquel desconocido. ‘¡No duermo!’, dije. ‘¡Pequeñoburguesa!’, contestó Paz.” (Garro 1937: 18) Que no entiende nada de lo que ocurre a su alrededor: “Hablaban sin cesar de aquel combate que yo no terminaba de entender [...] En España nada era claro, todo se decía a medias palabras y a media voz, para los entendidos. Y se prohibía preguntar” (Garro 1937: 33). Que deja la luz de su cuarto encendida en mitad de la noche y de la batalla:

-¡Aquí hay un ‘carca’ que hace señales al enemigo desde una ventana iluminada! ¡Van a bombardear el hotel!
-¡Es mi ventana! Grité y subí corriendo la escalera.
-No me hable hijita, es usted una inconsciente. Pudieron matarnos a todos. Me dijo Pablo Neruda (Garro 1937: 29).

Aprenderá el sentido de aquella guerra, si es que la guerra tiene algún sentido. Diferenciará ambos bandos. Aprenderá a correr entre las bombas atravesando las calles de Madrid, a tratar con los contrabandistas del puerto de Valencia para conseguir tabaco rubio y terminará leyendo a Marx:

Decidí leer a todos los marxistas y no sólo a ellos, sino a sus antecesores, a sus contemporáneos, a sus discípulos y a sus opositores. También descubrí que los marxistas no han leído a Marx ni a los marxistas. ¡Somos muy pocos los que hemos cumplido con esa tarea! Y es muy importante enterarse de lo que está en el aire (Garro 1937: 91).

El libro *Memorias de España* de 1937 de Elena Garro no está editado en España a pesar de que es un testimonio político y social, un retrato de aquella intelectualidad española y extranjera que intentó protestar con fuerza pero sin éxito contra la barbarie. Es la ilustración de las frustraciones de los que creyeron que el único sentido de sus vidas era la lucha por las libertades y terminaron sumidos en la decepción y el vacío de una

contienda que sintieron (que sentimos) inconclusa. Leemos en *Memoria de la Melancolía*:

Escuchando la radio francesa, oímos, entre dos anuncios, una pequeña noticia que se deslizaba: ‘Antonio Machado ha muerto en Collioure’. No dijeron nada más. ¡Para qué! Rafael alcanzó a decir: ‘Ahora sí que todo ha terminado’. Luego siguieron los anuncios. Todo, todo se nos concluyó aquel día [sic] y con aquella noticia.[...] Nuestra literatura de combate expiraba. Federico, muerto al comenzar la agonía; Antonio Machado, al terminarla. Dos poetas. Ninguna guerra había conocido jamás esa gloria (León 1999: 215).

Pero sobre todas las cosas, el libro de Elena Garro es la estampa clara de lo que fue este país y por lo tanto de lo que de algún modo somos hoy:

Paz y Serrano —se refiere a Octavio Paz y Serrano Plaja— trataron de hablar de la guerra, de poesía, y yo tuve la sensación de que ninguno de los dos se había enterado de la guerra, de que sólo sabían que una enorme tragedia, una tragedia imprevista y sangrienta, se abatía sobre ellos como sobre toda España. Si había alguien que pudiera ilustrar lo que sucedía en España era Antonio Machado, su madre y su hermano Manuel, que estaba ‘del otro lado’ [...] Escuché hablar a la viejecita de Manuel con la misma voz con la que se refirió a su otro hijo, Antonio. Era una pequeña figura goyesca, con su falda negra acampanada hasta los tobillos, su blusa negra de manga larga y su pañoleta bien colocada sobre la cabeza y, para mí, la madre de los Machado quedó como imagen de España, a la que todos iban a fisgar, a comentar, para luego decir: ‘Yo la he visto...’ y después ¡nada! Me disgustó tomar parte en la fila de fisgones y lamenté haber entrado en aquella casa de jardín deshojado y tan callada, tan callada, que volví a Valencia sin palabras... Un tiempo después Finki Arakistáin me contó una y otra vez que los dos murieron caminando en la huida. Fueron muchos los que los vieron a pie, pero nadie se detuvo para recogerlos y llevarlos en su coche... ‘¡Es un asco, chica!’ Sí, la guerra se había perdido y ya no eran útiles.

Si alguna imagen me quedó de España fue la imagen de la madre de Machado, de pie en aquel comedor por el que zumbaban las moscas... (Garro 1937: 113 y 114).

Bibliografía

Alardín, Carmen. “La realidad concreta son muchas realidades; Entrevista con Elena Garro”. En *Deslinde, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL*, 18 (1987): 48-51.

Alberti, R. *La Arboleda Perdida. Memorias*. Barcelona: Seix Barral, 1975.

Altolaguirre, M. *Obras Completas I. El Caballo griego. Crónicas y artículos. Estudios literarios* (Valender, James ed.) Madrid: Istmo, 1986.

Blanco, A. “Las voces perdidas: silencio y recuerdo en Memoria de la Melancolía de María Teresa León”. En *Anthropos*, 125, octubre (1991): 45-49.

García Sevilla, Mara. “Elena Garro y su obra creativa”. En *Literón. Visión crítica latinoamericana* (Revista electrónica), 1, 1, Primavera de 1998.

Garro, Elena. *Los Recuerdos del Porvenir*. México: Joaquín Mortiz, 1963.

—. *Memoria de España, 1937*. México D.F: Siglo XXI, 1992.

León, M^a Teresa. *Memoria de la Melancolía*. Barcelona: Galaxia-Gutenberg, 1999.

—. *Memoria de la Hermosura*. Madrid: Fundación Autor, 2005.

Mainer, J. C. “Las escritoras del 27 (Con María Teresa León al fondo)”. En *Homenaje a María Teresa León*. Madrid: Univ. Complutense (1990): 13-39.

Pochat, M. T. “María Teresa León, memoria del recuerdo del exilio”. En *Cuadernos Hispano-americanos*, 473-474 (1989): 135-142.

Preston, P. *Las Tres Españas del 36*. Barcelona: Nuevas Ediciones de Bolsillo, 2003.

—. *La Guerra Civil Española: Reacción, Revolución y Venganza*. Barcelona: Debolsillo, 2010.

Rosas Lopatégui, P. *Testimonios sobre Elena Garro*. México: Ed. Castillo, 2002.

—. “El rastro de Elena Garro: Una mirada feminista”. En *Latin American*

Theatre Review, 35/2, Spring (2002): 5-18.

Schneider, Luis Mario. *Inteligencia y Guerra Civil Española. II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*. Barcelona: Ed. Laila B., 1978.

Vilar, Pierre. *La Guerra Civil Española*. Barcelona: Biblioteca de Bolsillo, 2000.